

perfectas, sencillas, claras, a los problemas humanos, por más impresionantes y complejos que sean.

Porque el hombre que estudia y medita, que piensa y ahonda, que observa e investiga, calla casi siempre o dice *no sé*.

El ignorante nunca sella sus labios con el honrado silencio de la sabiduría. Piensa que debe hablar, opinar, discutir de todo y sobre todo.

Al contrario, el pensador comprende y siente que sus fuerzas intelectuales tienen límites como las fuerzas físicas.

Por esta razón el sabio es modesto; el ignorante, vano. Y sabio es todo hombre que tiene talento propio, cultivado, fecundo, así como ignorante es toda mente refleja, archivesca, por mucha luz radiante que refleje y por muchos tesoros ajenos que almacene.

A la modestia intelectual, debe ir unida la sinceridad, la honradez del pensamiento: la duda.

No sé, sólo sé ésto, apenas de éso tengo esta idea, dudo, ignoro... Tal es el lenguaje del sabio.

Sé, ésto es así, éso no puede ser de